

## “Vigilar, Castigar y Planificar”: hacer escuela en cuaretena

*Por José Tranier / Doctor en ciencias de la educación (UNR) -Especial para Educación*

Si buscamos el origen etimológico del término pandemia (del griego, pueblo entero) vamos a encontrar la descripción de un pasaje el cual, desde abajo, va extendiéndose y cobrando poco a poco fuerza hacia toda una matriz colectiva. Y para serles franco, la analogía con la dimensión política me resulta inevitable y hasta bastante apropiada para jugar, desde la misma enfermedad, a descifrar algunas claves posibles que sugieran tipos de cura. Puesto que, a diferencia del permanecer en ascuas sanitarias, los relatos y las biografías educativas no se adquieren ni están disponibles en vacuna alguna.

Así, al comprobar que cuando el bio (des) poder político rechaza lo público para abrazar solo al capital a lo largo de los neoliberalismos mundiales —desligándose así fundamentalmente de la economía social, de la salud y de la educación públicas— genera las condiciones para que la pandemia se extienda a gran escala. Pero desde esta inmediatez, quizás también pueda señalarse que los actores subalternizados —y muchas veces negados— del sistema (incluyendo en este apartado ciertos oficios y profesiones) representan los ejes de acción social en territorio capaces no solo de atenuar sus efectos, sino a su vez de humanizarlos y contrarrestarlos.

Este parece ser el caso de la docencia y lo educativo en contextos del Covid-19. Ya que lo que permite también a gran escala esta pandemia es la de ser espectadorxs de los hilos que quedan expuestos como herencia de una evidencia obscena. Esto es, ligada con los mecanismos irracionales que sostienen este tipo de sistemas a lo largo del tiempo ¿Cuántas películas provenientes de países que no hacen de la escuela pública su bandera, conciben sus guiones en base a la dificultad para sobrevivir debido a que las partidas presupuestarias para arte o música van a ser canceladas, o porque sencillamente no tuvieron un buen desempeño en las pruebas estandarizadas y esto se asume como natural para narrar o buscar coherencia en la trama argumentativa? ¿Cómo contribuye aquello a naturalizar políticas de segregación y estigmatización geográficas? ¿O cómo invisibilizan luchas provenientes de comunidades abocadas para contrarrestar los guiones de una realidad que impone lo irracional como bandera de alteridad negada?

En el caso de la Argentina, los esfuerzos suscitados por el colectivo docente para conformar la diversidad social en relación a las demandas de continuidad pedagógica nos hablan de la coexistencia de dos modos históricos constitutivos de la enseñanza: el amparo y el desamparo producto de la sobreadaptación permanente a nuestras funciones en contextos de crisis. Así,

generamos mecanismos preventivos de autodefensa, que nos son también históricos. Ya que si antes de la pandemia existían ciertas argumentaciones ideológicas que buscaban relegarnos al campo de "lo inútil, improductivos u onerosos" para el Estado —y "con tres meses de vacaciones..."— podrán imaginarse que, ante la visualización de un escenario incierto y de no concurrencia física, estos descalificativos, podrían haber aumentado.

Es en este punto donde tuvimos que enfrentar todo un conjunto de nuevas reconfiguraciones dentro de las cuales, señalamos la preeminencia y tensión de uno de los dos momentos históricamente cruciales que permiten comprender los principios fundantes de la clase: el momento de la planificación y el acto pedagógico capaz de concretarlo o sustentarlo. A la luz del juego dado entre (a) sincronías, podríamos sugerir lo siguiente: la identificación de una suerte de exceso, de eternización del momento de la planificación, que recae fundamentalmente sobre los cuerpos. Es decir, como instrumento en donde el sobreesfuerzo fuerza, somete y recae, ya no como representación, sino, en forma directa, en la corporeidad de lxs docentes, alumnxs y sus familias. Y el riesgo que se corre mediante esta reificación del sentirse docentes en tiempos de virulencia y sobredemanda social, es la de perder la finalidad del horizonte último que tiene la clase: la de contribuir a reeditar un encuentro amoroso, de amparo. Para que andamiajes posibles de enseñanza y de aprendizajes puedan animarse —de dar y tener ánimo— a tener lugar.

¿Pero cómo es esto posible cuando somos asaltadxs por la urgencia de planificar e intervenir repentina e incesantemente en los contextos virtuales? Si se piensa a la planificación como totalidad del recurso defensivo cuando la discontinuidad o interrupción pedagógica toca a nuestra puerta, sus promesas históricas ligadas con la seguridad contribuye de alguna manera, a apaciguarnos —y abrazarnos con fuerza— a un plan aunque tampoco, conozcamos mucho sus planes del todo.

De esta manera, preguntas del tipo: "¿Y cómo hago ahora para dar y sostener las clases?", o "¿qué tiene que ver esto con mi propio trabajo?", atacan la identidad docente. Y ante la incertidumbre —y mejores intenciones— planificamos. Pero sin reactualizar a veces la pregunta acerca de quiénes podrían quedar por fuera de la misma. Ahora bien, la buena noticia, sin embargo, es que en este exceso o eternización, podría señalarse la paradoja de que las mismas amarras que eternizan, quizás también puedan liberarnos de otras ¿Cómo? A través de extraer un tipo de conocimiento inédito frente a estas formas de redistribución del tiempo, que permitan incorporar no solo los registros de acumulación sino, fundamentalmente, los ligados

con las dimensiones cualitativas del saber y del encuentro docente como metáfora de liberación de poderes de sensibilidad potencialmente emancipatorios.

El Covid-19 nos enfrentó a una nueva gramática escolar en donde, súbitamente, una nueva escenificación —una puesta en escena— nos trasladó (virtual o físicamente) a la intimidad de los hogares. Nos vemos invadidos por los nuevos tiempos sin tiempos. El hogar como texto semiótico que subvierte —y desafía— al arduo esfuerzo histórico de constitución del aula y de la escuela moderna. Ahora resurge el hogar como aula y el aula como hogar formando una nueva alianza narrativa. Que no solo es nuestra, local, sino compartida por gran parte de una humanidad en cuarentena. Pero si algo estamos aprendiendo en este momento es que la escuela, a pesar de todo, continúa ratificándose como una institución no solo necesaria, sino por sobre todas las cosas, fundamentalmente insustituible.

Hacer escuela en tiempos de pandemia no nos hace olvidar lo maravilloso del aula: por el contrario, nos lleva a darnos cuenta de que hay ciertos sonidos, al igual que ciertos paisajes, aromas, sabores y colores, que son exclusivamente de ella. Le pertenecen. Al igual que ciertas imágenes, miradas y arquitectura. Sí, cierta arquitectura, a pesar de algunas insistencias que proclaman su cancelación por obsoletas. Y con esto no nos negamos a revisar nuevas búsquedas de sustentabilidad, diseños ni desconocer nuevas demandas. Las negamos cuando apelan a un único tipo de imaginación que las imaginan sin sus rastros históricos o identitarios que la definen en todo aquello que la llevó a ser: colectiva, solidaria, lúdica, comunitaria, refugio, equidad y amparo. En síntesis, como una de las instituciones más democráticas de la modernidad. Y es la misma pandemia la que ahora, paradójicamente, está representando al mundo entero como metáfora de regulación pedagógica: un mundo como aula y los hogares como escuelas. Esa misma escuela histórica que nos iguala, incluye, enseña, abraza, resiste, lucha y nos espera. Hasta tanto y en cuanto podamos volver a recuperar y habitar su propio andar, su propio correr, su propio sonar y propio soñar.